

Fiesta de solitarios

Por Jorge Dávila Vázquez

Revista *Libroteca* (Quito) 11 (agosto – septiembre 1992): 8 – 9.

Raúl Vallejo Corral —no el Ministro de Educación y Cultura, sino el escritor, que es a quien debemos aproximarnos ahora—, después de cuatro libros de cuentos — sin contabilizar su primogénita incursión en nuestras letras: *Cuento a cuento cuento* que, quienes seguimos con interés el desarrollo de nuestra literatura, sabemos que causó un menudo escándalo en el mundillo de cierta prensa y cierta sociedad guayaquileñas allá por 1976—; un ensayo periodístico de regular extensión sobre Emelec y una antología del cuento ecuatoriano nuevo que es la más seria de las que han circulado en los últimos tiempos, pese a que su título suene un poco a broma: *Una gota de inspiración, toneladas de transpiración*, no es un desconocido en el panorama de las letras ecuatorianas.

No. Vallejo va más allá de su posición política, de sus compromisos o su situación en la vida pública del país, hay que decirlo con honestidad, es un escritor de muchas calidades, un hombre constantemente empeñado en decir algo trascendente en el contexto de las letras actuales del país, y en buscar la mejor y más moderna forma de hacerlo.

La crítica especializada más exigente del Ecuador ha reconocido la importancia y el sitio que ocupan ese decir de Vallejo y su esfuerzo por lograr que sea expresado de manera óptima, y lo ha hecho en tono de elogio, porque el autor lo merece.

Su carrera literaria que, a lo mejor en el futuro será más recordada que su trayectoria política, se puede resumir en pocas palabras como un empeño nunca debilitado por construir una obra seria, humana y profunda, y, especialmente, una narrativa breve caracterizada por su actualidad, pero también por su cuidadosa elaboración.

Fiesta de Solitarios, impresa por Editorial El Conejo, su obra más reciente y quizás también la de mayor madurez y calidad, ganó el Primer Premio de cuento de Diario *El Universo*, y fue, lo digo en mi calidad de jurado y con toda honestidad, el mejor conjunto de relatos de entre los ciento cuarenta y ocho que concurrieron al certamen.

Fiesta de solitarios comienza con “Repti(L)ápiz”, una sucinta arte poética, que es como una declaración de principios sobre la universalidad del ser humano. Experimentalista como acostumbra ser desde sus obras más juveniles, Vallejo juega con virtuosismo sobre las formas de construcción para expresar mejor la idea nuclear del relato: hay un él que es ella y una ella que es él a lo largo de toda la fábula.

Además, de ese motivo, encontrarnos también en el texto una curiosa metáfora en torno al enigma de la creación poética: “Ninguna paz sería posible en adelante: el lápiz se había transformado en una serpiente.” El tema de la inasibilidad de la palabra se desarrolla con brillantez, pese a la brevedad del relato.

La segunda pieza, “Los paseos alucinados del profesor Reina”, es de gran calidad, e inicia una constante del libro, lo que podríamos llamar la aproximación del autor al mundo desgarrado de los amores marginales, que hallará en él cuatro vívidas expresiones narrativas. El protagonista de este cuento, sobre la homosexualidad y la

decadencia, es un ser terrible en medio de su bajeza disfrazada de soledad, esteticismo y devoción; una especie de demonio corruptor que contamina lo que toca, pero el narrador-personaje lo trata de un modo hondamente comprensivo, que refleja la actitud general del autor frente a la condición humana, tan atormentada y abismal a veces.

El tercero, “Leña de Soledades”, es de una belleza excepcional, por el aprovechamiento de los poemas, letras de canciones de los Beatles, como apoyo para construir un universo de evocaciones juveniles y de una pasión por la literatura tan intensa, que es me atrevería a llamar el erotismo de los libros. Aunque nunca son apropiadas las asimilaciones de biografía y creación literaria, el Andrés protagonista de la narración tiene muchos rasgos de la fiebre de belleza que ha encendido siempre la vida de Vallejo, ya sea en forma de música, poesía, creatividad o simple contemplación.

El cuarto, “Destellos en el mar”, es una evocación sumamente lírica y fuerte dramatismo. Un magistral cuento de infancia y juventud, en el que el esplendor del paisaje marino y la maravilla del descubrimiento de la vida y la amistad están, sin embargo, marcados por destino trágico y por la presencia ineludible de la muerte.

El tema, escabrosísimo —la transformación lenta y paulatina del transexual, su soledad, y su drama humano y vivencial— no impide que “Cristina, envuelto por la noche”, el quinto relato del volumen, sea una gran pieza narrativa, intensa y terrible. “Pertenece a esa raza que sobrevive entre la repugnancia y la curiosidad, entre el respeto a la norma y el placer por lo distinto. Has aprendido a aceptarte con la doble hermosura del macho y la hembra aunque no seas capaz de mostrarte al prójimo”, dice el narrador segunda persona —especie de desdoblamiento del ambiguo personaje principal— a Cristina: “destinada a ser protagonista permanente de decires obscenos”.

“Reestreno de Magdalena” es un estudio de conducta, bastante interesante: el de la mujer insatisfecha, atrapada entre el sueño y una realidad insoslayable, la del prejuicio; la de la emoción pasajera y la vaciedad de un matrimonio sin amor. Pero no es de los mejores cuentos de esta *Fiesta*.

“Cielo en suelo” es una pequeña obra maestra, obsesiva y bien escrita. Resulta como un intermedio —dramático, sí pero de una magia muy intensa y construido de forma notablemente poética—, entre las historias de una cotidianidad marcada por la frustración y el dolor como es la que Vallejo pinta, con notas a veces un poco estridentes, pero casi siempre con acierto en el libro.

“La noche por partida doble” narración gemela de la historia del profesor Reina; terrible y cínica, de una hondura humana que estremece. El protagonista está marcado por el dolor más deformante y absurdo, perdido en un dédalo de mentiras y violencia interior. El problema en su caso no es la búsqueda casi erótica, equívoca y llena de matices oscuros; sino el proceso de destrucción moral al que somete al muchacho prostituido, de manera implacable, inconsciente, y la descarada crueldad con que deja de lado los restos del naufragio, para seguir como un barco fantasmal, totalmente extraviado por el mar de su propia noche.

“Diálogo breve del amor menor” es un cuento totalmente intrascendente, pero bien escrito tanto como “La broma”, son una especie de pausas, terribles, sí, pero suerte de respiros, aunque sea borrascosos, entre las piezas mayores.

“Te escribiré de París” es una narración extensa, tremenda, desarrollada con un magistral dominio de ese material que en otras manos hubiese sido una calamidad, porque habría desembocado en el melodrama y la insignificancia. Temas como el de la búsqueda del sentido sexual, la prostitución, el amor en medio de un universo de

sentimientos equívocos, preñan de significaciones esta *nouvelle* en que lo sórdido y una determinada forma lo actual, que se transformaría con suma facilidad en motivo para la crónica roja, se dan la mano de forma literaria válida y bastante apropiada.

Fiesta de solitarios como el resto de la obra de Vallejo muestra, lo dijimos antes, una clara preocupación por las formas del decir literario. La novedad es constante, el autor emplea una gran variedad de voces narrativas; ensaya montajes simultáneos, inclusión de poemas, cartas, monólogos; estructura el texto como si se tratase de un guión cinematográfico, lo enriquece con un dialogo vivo y fresco como recién tomado del habla cotidiana —aunque todos sabemos la elaboración a la que esta fue sometida, en busca de esa sencillez tan difícil de alcanzar, que es la meta de todo gran realista, y Vallejo lo es.

En resumen, un libro de primera, pese a lo escabroso de los ternas; a la dosis de grotesco que el autor prodiga de forma consciente, bordeando a ratos los excesos del naturalismo, que solo contrarresta una apropiada presencia de vigoroso lirismo; y pese a las notas de ambigüedad que intencionalmente introduce el autor, como una forma de valiente provocación a una sociedad, de la que en mas de una ocasión podríamos decir lo que el narrador de uno de los cuentos comenta de su ciudad: “no perdona a quienes ponen en evidencia sus dudas”.

Creo que luego de leer este libro, bien podemos afirmar que Vallejo y Jorge Velasco Mackenzie constituyen el par de nombres más significativos de la narrativa de la costa en esta hora de nuestra literatura, y lo más trascendente luego del Grupo de Guayaquil y del paso fugaz de Walter Belloio por el panorama del relato ecuatoriano. Su carrera literaria está todavía en sus inicios, porque pensamos que le falta por producir aun muchas y muy interesantes obras, que sin duda saldrán de un hombre entregado como pocos a la pasión de la escritura, y dotado de singular imaginación y capacidad productiva; pero el autor ya alcanzó la madurez, y todo lo que venga de ahora en adelante tendrá la marca del gran oficio y del verdadero creador de esos mundos habitados por la pasión, los sueños, el dolor, la muerte y las evasiones, que son los genuinos universos de la ficción literaria, dentro de la que Raúl Vallejo se mueve con extraordinaria agilidad y soltura.